

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Dominica 4.^a de Adviento.

(Continuacion.)

¿Por qué no quiso beber el agua traída de la cisterna de Belen? ¿Por qué en vez de refrigerar con ella su sediento lábio, ofrece una libacion al Señor? Oid la explicacion de este misterio. Sabia David que no pecaba bebiendo el agua para satisfacer una necesidad natural y legítima, pero se priva voluntariamente de una cosa lícita para castigar sus culpas. Recordaba que la concupiscencia le arrastró en dia aciago al adulterio, y ahora no quiso ceder á sus estímulos ni aun en cosa tan natural y legítima como beber un poco de agua para apagar la sed. *In sacrificium Domini aqua effusa est, quia culpam concupiscentæ mac-tavit per Pænitentiam.* No se conducen así los que cayeron en pe-

cados mortales, y conocen la necesidad de la Penitencia. Vemos que al parecer detestan el pecado, pero no huyen de los atractivos del pecado, ni rompen los vínculos del pecado, ni abandonan las ocasiones de pecado. Si amais el peligro, si buscáis la ocasion, si cultiváis relaciones peligrosas, si frecuentáis lugares, espectáculos, reuniones donde tantas veces habeis caído en pecado, si temerarios arrostrais los peligros, os lanzais en la hoguera ¿cómo quereis evitar la caída? ¿Cómo pretendéis salir ilesos del fuego? Y obrando de esta manera ¿no dais á entender que vuestras Confesiones son sacrílegas por falta de dolor y arrepentimiento? ¡Desgraciados! Esas Confesiones son vuestra perdicion. Valieramas que no os acercaseis á un Sacramento que por culpa vuestra

en vez de daros la vida, os dará la muerte. La verdadera Penitencia se dá á conocer por el ódio al pecado y á todas las ocasiones del pecado. Obrar de otro modo es dar á entender que la Penitencia es falsa, sacrílega y digna del infierno. El verdadero penitente se impone voluntarias privaciones para castigo y expiación de sus pecados; castiga su cuerpo como el Apóstol y lo reduce á servidumbre; domina sus pasiones, y las reprime con severa disciplina; huye de lo injusto, de lo ilícito, de lo peligroso, y se priva aun de las cosas lícitas. Porque bien puede usar de las cosas lícitas el que no hizo obras ilícitas; pero el pecador penitente ha menester para su rehabilitación moral reparar por medio de la mortificación de sus gustos aun ilícitos y permitidos los daños que causó en él la desordenada concupiscencia de los goces carnales, y terrenos. Y no ha de permanecer inactivo después de su conversión, sino que ha de combatir con arrojo sus pasiones, aborrecer con ódio implacable al mundo con todas sus vanidades, rechazar con denuedo toda tentación terrorífica, ó seductora, y consagrarse con todas sus fuerzas á la práctica del bien, á enriquecerse con obras buenas, á re-

unir méritos para la vida eterna.

Esto es hacer frutos dignos de penitencia. Así se preparan los caminos al Señor que viene, que anhela venir ahora á las inteligencias para iluminarlas con su luz, á los corazones para mudarlos con su gracia, á los justos para aumentar su justicia, a los pecadores para justificarlos con el perdón, á los extraviados para ponerlos en camino de salud, y á todos para salvarlos con su amor, y hacerlos participantes de su gloria, Amen.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Del amor de Dios.

Como el amor de Dios es lo que principalmente nos intima el primer precepto del Decálogo, precisa que exhortemos á los hombres al verdadero amor de Dios. A Dios debemos amarle sobre todas las cosas, por sí mismo, por ser quien es, sin esperar otra recompensa de nuestro amor que á Dios mismo; porque si le amásemos por los bienes temporales que nos puede dar, sería amar mas tales bienes que á Dios como se debe.

Debemos amar á Dios mas que á los padres, mas que á los hijos, mas que á todo el mundo, porque *el que ama á su padre, ó á su madre mas que á Mí, dice Jesucristo, no es digno de Mí.* (1) A Dios

(1) Matth. c. 10.

debemos amarle con todo nuestro corazón, con todo nuestro espíritu, con todas nuestras fuerzas, que así lo enseña en la Ley escrita Moisés. (1) Y para enseñarnos San Pablo á los cristianos la práctica y uso de este amor, nos dice: *Que comáis, que bebáis, que hagáis otra cualquiera cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.* (2)

Amémoste sobre todas las cosas, queriendo ántes perderlas todas que ofenderle, amémoste por ser quien es, porque nos ha criado, porque nos ha redimido Jesucristo con su preciosa sangre. ¡Oh Señor! ¡quién os amase sobre todo cuanto hay que amar! ¡Quién, Dios mío, os amase como os amais á Vos mismo! ¡Dadnos, Señor, un amor ardentísimo, una ferviente caridad, y tal, que de puro amor y dolor de haberos ofendido se rompa y se hagan pedazos nuestros corazones! ¡Oh qué dichosos seríamos si así amásemos al Señor! Veámoslo en un ejemplo.

Refiere Enrique Gran que en cierta ciudad vivía una doncellita muy noble y muy devota de María Santísima, á quien pedía con frecuencia la mostrase su hermosísimo Niño Jesús. Tanto se lo supo pedir, que, siendo de catorce años, el día de la Vigilia de la Natividad de la Virgen Santísima la concedió lo que tantas veces le había pedido, porque se la apareció con indecible belleza con su dulcísimo Hijo en los brazos y con alegre semblante se le dió á la doncellita, para que se regocijase con Él. Apenas le tuvo

en sus brazos se llenó su corazón de gozo: empezaron á decirse ternuras amorosas, y el Niño Jesús la dijo: *¡Dime, niña, y es mucho lo que me amas?* Respondió la doncella: *Sí, Señor, os amo y os quiero mucho.* *¿Y cuánto me quieres?* dijo el Niño. *Señor, contestó la doncella, os amo como á mi cuerpo.* *¿Y no mas?* dijo el Niño Jesús. *Señor, respondió la niña, os amo mas que á mi alma.* *¿Y no me quieres mas?* replicó el Niño Jesús. *Señor, dijo la doncella, mas que al mismo corazón os amo.* *¿Y no me quieres mas?* Señor, contestó la niña, *no tengo palabras para manifestar mi amor: hable el corazón y manifeste él lo mucho que os amo.* Dicho esto se le abrió el pecho y el corazón: salió por allí aquella alma dichosa y subió al cielo en compañía de Jesús y María, entre músicas de Angeles. Acudieron al ruido de la música los de casa, y hallaron la doncellita muerta, abierto el corazón, y en él estas palabras con letras de oro: *Diligo te plusquam me, quia tu creasti, redimisti et dotasti me;* amote, Señor, mas que á mi, porque me criaste y redimiste con tu sangre y me dotaste con tus soberanos dones. ¡Oh! plegue al Altísimo Señor que imitemos en el amor á esta tierna doncellita para que así merezcamos acompañarla en el cielo por toda una eternidad.

Fr. J. M. de E.,—*Misionero Apostólico.*

— — —

Confesion de un racionalista.— Hé aqui lo que hablando de las mujeres que llenan las iglesias dice Mr. Jules Simon: «Aun en París las mujeres llenan las iglesias los domingos, y esta asiduidad

(1) Deut. 6. 5.

(2) Cor. 10.

exaspera á los partidarios del laicismo, que no trabajarían tanto por hacer difíciles las prácticas del culto religioso si no acudieran á ellas tantos fieles.

»Ya sabéis lo que la mujer va á buscar á la iglesia: el consuelo á sus penas, que solo allí pueden encontrar. Allí también encuentran un freno á sus pasiones. Impedirles el consuelo sería bárbaro y cruel; impedirles los medios de encontrar el freno de que han menester, sería peligroso para ellas y para la sociedad. Creen justificarse los que opinan en contrario, diciendo que los que tal creen se equivocan. Esta es la disculpa de todos los enemigos de la libertad, que son los de la religión; pero nada vale. Hay derecho á discutir y á predicar; pero no le hay de impedir ni de estorbar que ambas cosas se hagan. Les quitais la fé que les daba fuerzas para sufrir y para resistir, ¿qué les dáis en cambio? La nada..

»Sois, pues, enemigos de su honor y del vuestro al obrar así.»

La muerte de los cristianos.—El Padre Larrat, de las Misiones de China, cuenta que un pagano se presentó á él expresándole deseos de abrazar la religión cristiana.

—¿Y por qué—le preguntó—quieres convertirte?

—Porque he visto morir á los cristianos y quiero morir como ellos.

Los he visto arrojados al agua, atravesados con lanzas, quemados, enterrados vivos y todos morían alegres y satisfechos rezando sus oraciones y alentándose mutuamente.

Los cristianos solos son capaces de

morir así, y ese es el motivo por el cual quiero hacerme cristiano.

El laicismo de las escuelas en Francia.

—El Prefecto del Oire (Francia) acaba de destituir al alcalde de Essuilles porque, de acuerdo con la corporación municipal, había hecho bendecir las escuelas de su circunscripción y poner en ellas el Crucifijo.

Este digno funcionario ha contestado á la destitución en una carta, cuyo último párrafo dice así:

«Para terminar, Sr. Prefecto, al obrar así habeis herido los sentimientos religiosos de toda una población, y habeis destituido á su Alcalde, por haber éste tenido la pretension, bien original sin duda, de hacer respetar los derechos de los ciudadanos.

¿Creeis que habeis obrado bien al entablar una lucha tan injustificada, cuyo resultado no será, seguramente, el de hacer respetar más al Gobierno de la República?

»Aceptad, etc.»

¡Lástima que este ejemplo tan digno de elogio no sea imitado por un gran número de Alcaldes en la vecina República.

Al reino de Dios.—En la última biografía del Emperador Federico III encontramos la siguiente anécdota:

«Cuando aún era joven, le gustaba interrogar á los niños de las escuelas comunales.

»En una de sus acostumbradas visitas, preguntó á una niña, enseñándole una medalla que le servía de dije á la cadena del reloj:

- ¿A qué reino pertenece esto?
 —Al reino mineral.
 —¿Y esto?—dijo señalando á una flor.
 —Al reino vegetal.
 —¿Y yo?
 —V. A. al reino de Dios.»

Un Mártir.—El P. Geoffroy escribe de Bon-Son el relato de un martirio que merece figurar entre las mas conmovedoras páginas de los anales de la Iglesia.

En el distrito de Dai-Psinh, los perseguidores de los cristianos perdonaron largo tiempo la vida á una muchacha de quince años, huérfana de padre y madre, que tenia una hermanita de tres años y vivia con su abuelo, médico de fama. Un jóven y riquísimo pagano, prendado de su belleza, quiso llevársela á su casa haciendo las mas seductoras proposiciones, que ella se negó á aceptar.

—Mira—dijo el jóven—que si no me sigues te matarán á tí y á tu hermana.

—Tanto mejor—contestó ella—asi iremos al cielo, que es lo que yo deseo.

Para intimidarla abrieron una fosa.

—Ahí serás enterrada viva—dijo el pagano—si no accedes á mis pretensiones.

Nada contestó la jóven; á la que, luego que la fosa fué terminada, mandaron que bajase á ella.

—Esperad un momento—é hincándose de rodillas recitó unas oraciones, terminadas las cuales dijo:—Ya estoy lista.

Echaron un lienzo en la fosa y ella bajó llevando á su hermanita en brazos, á la que colocó á su lado, tendiéndose sobre el lienzo y con la sonrisa en los

labios:—Ya podeis cubrirnos de tierra—dijo dirigiéndose á sus verdugos, que así lo hicieron, no sin admirarse de su serenidad y valor heroico.

—=—

Honroso desaire.—Se dice que habiendo pensado el rey Humberto en casar á su hijo con la princesa Clementina de Bélgica, dió encargo á la reina de Portugal para que diera los primeros pasos; y á esto es debido su viaje último á Bruselas. Nada ha conseguido; porque creyéndose en aquella Côte que dicha union seria un insulto á las creencias católicas del pueblo belga se ha contestado á las primeras insinuaciones de modo que no se llegó á plantear la cuestion objeto principal del viaje regio.

—=—

Una velada en el aserradero.

—

—En fin, seal... Puesto que os empeñais os contaré la historia del subteniente Dragut, el que murió en la terrible batalla de Fleurus, de que habreis oido hablar algunas veces.

Esto nos dijo una noche Dionisio, el viejo *Segare*, (1) á todos los que estábamos calentándonos, alrededor del inmenso hogar cuadrado del aserradero que hay, en lo mas profundo de la garganta de Herrlisheim, á la orilla misma del Tharn.

Allí me encontraba yo aquella noche con mi amigo Jonathan, Zietten el cazador de osos, Griffard, dos ó tres *schilit-*

(1) Se dá este nombre en Alsacia al propietario de un aserradero mecánico.

ters (1) y todos los de la casa. Zietten, Jonathan y yo habíamos ido á ver si podíamos concluir con una gran banda de lobos, que asolaba hacia tiempo la comarca; pero hasta entonces todos nuestros esfuerzos para dar con ellos habían sido completamente inútiles. Los oíamos ahullar, eso sí, todas las noches hasta el amanecer sobre las rocas de Dreystein; mas cuando salíamos por la mañana, habían desaparecido, lo mismo que si los hubiera tragado la tierra.

Sin duda se refugiaban, durante el día, en las cavernas que hay en la cima del Raon. Pero, id á buscarlos hasta allí, cuando hay mas de un metro de nieve en toda la montaña!

A pesar de las decepciones que sufría por esta razon nuestro amor propio de cazadores, os digo que fué aquella una de las mejores temporadas de mi vida.

Oh! si fuéramos siempre jóvenes!...

Cazábamos todo el día, y nunca faltaba alguna compensacion de los malos ratos que nos daban los lobos; volviamos por la noche al aserradero, con tanto hambre como pudieran tener ellos; cenábamos nabos y *chucrotte* (2), con jamon y cecina, y *cneffs* (3)... Y luego el viejo *Segare* ofrecia tabaco á todos, en la gran bolsa de piel de zorro, y comenzaban las historias; mientras el jarro de cerveza pasaba de mano en mano, los troncos

chisporroteaban en el hogar, la llama daba á los semblantes un tinte rogizo y hacia brillar en el fondo del armario las cacerolas de la buena Lotchen, como si fueran de oro, y el humo, subiendo en extrañas ondulaciones, iba á perderse por el negro cañon de la chimenea....

—Sí; continuó al cabo de un rato Dionisio, que habia estado llenando entre tanto su pipa, y aspiraba en aquel momento las primeras bocanadas: sí, os contaré la historia de Dragut el subteniente de Dragones de Languedoc... aunque, á fé mia, quisiera haberla olvidadol...

Hace ya mas de cuarenta años que pasó lo que voy á referiros, y aun me sucede representármeme todo en sueños, algunas noches. Y cuando esto me ocurre, siento que una mano helada y rígida como la de un muerto coje de repente la mio!...

Pero no quisiera os burláseis de mi, y voy á comenzar.

Fué en 1793, á los pocos dias del desastre de Wissemburgo, cuando Dragut se incorporó á nuestro regimiento. Yo era entonces furriel del segundo escuadron, hacia cuatro meses, y estábamos acantonados en Haguenau.

Una mañana lo vimos venir, preguntando por el coronel, al que presentó unos papeles; y no llegó el mediodia sin que se le hubiera dado el uniforme de dragones, casco, caballo y lo que es mas extraño aún, la charretera de subteniente. En aquellos tiempos todo se hacia, poco mas ó menos, de la misma manera.

—De dónde nos habrá venido este hombre? exclamaba furioso, ya por la

(1) Conductores de trineos.

(2) Col de una variedad particular, á que se hace sufrir un principio de fermentacion por medio de una preparacion especial que le dá un gusto ligeramente acidulado muy agradable. Es un alimento de que se hace gran uso en los departamentos del norte y noroeste de Francia.

(3) Pastas de sarten.

tarde, Rochart él capitán de mi escuadrón, hablando con el teniente Sernin. Querria yo saber qué es lo que ha hecho para ganar así la charretera!... Lévenme el diablo, si entiendo una palabra de todo esto!...

—Tienes razón, Rochart, contestaba con calma el teniente. Es cosa, que no se comprende. Verdad es que él cuenta á todos un sinnúmero de historias... cada una mas falsa que la otra... pero no tiene trazas de haber servido nunca...

—Servir, dices! interrumpia Rochart, dando un gran golpe con su sable en el suelo. Servir él!... Truenos y rayos! Pues no has reparado como lleva el casco y como tomaba las riendas, al tiempo de ir á probar su caballo el imbécil!... Pero yo le juro!...

Y la frase quedó sin terminar: lo cual era de muy mal agüero en la oratoria del capitán.

Si hubiérais oído lo que decían, en voz bastante alta para que todos pudieran enterarse, los dos ó tres sargentos que esperaban suceder al pobre Lambel, muerto algunas semanas antes, en una escaramuza con los húsares húngaros!... Era una delicia cuando se reunían, después del rancho de la tarde, en la garita de Jacqueline la cantinera. Antes no se podían ver; pero el agravio común los había reconciliado, y juntos se desataban en improperios contra el recién venido. Es claro; habían estado pensando tanto tiempo en el ascenso, y hasta dando entre sueños todas las voces de mando: *Al trote!... Al galope!... Cárguen!*... lo mismo que si se vieran ya al frente de su sección y tuvieran que repetir las órdenes del capitán!...

Si; lo cierto es que el nuevo subteniente había entrado con muy mal pié en el regimiento desde el primer instante.

Pero eso parecía importarle muy poco. Estaba bien con el coronel, á quien había enseñado á su llegada, como os he dicho, no se que documentos del Comité de Salud Pública de Nantes, que le daban sin duda derecho á todo; y no se preocupaba para nada de los demás. Dios sabe!... pero yo creo que el diablo andaba mezclado en todos sus asuntos.

Aparte de esto, Dragut era orgulloso, egoísta, provocativo, pendenciero, y de una insolencia tal que lo hacía odioso á cuantos lo trataban. Jamás decía una palabra que no hiriese á alguno: por más que en eso de delicadeza no se parecieran en nada, como imaginareis, á las muchachas remilgadas, los dragones de Languedoc.

Y cuando daba una orden, erguido sobre las piernas anchas, el sable cruzado delante de ellas, las manos en las caderas, el casco algo atrás, los ojos medio cerrados, los labios froncidos y la pipa mirando á la visera!... La verdad, se necesitaba acordarse de la ordenanza para conservar al oírlo un poco de calma!...

Ya podeis figuraros lo que le queríamos todos con estas cualidades. Pues bien su historia que pronto conocimos, y lo que luego os contaré, hicieron aumentarse cada día nuestra aversión hácia él.

Qué hoja de servicios la suya!... Nó; á buen seguro no serian tan negras las de muchos de los que pasaban su vida en las galeras, durante el antiguo régimen.

Cuando estalló la revolución, Dragut estaba de palafranco en casa de una familia noble de la Baja Vendée, que lo recojió por caridad siendo niño. Poco después, al comenzar las persecuciones delató á sus amos que habían logrado escapar hasta entonces ocultándose, á las pesquisas de los sabuesos del Comité de Salud Pública de Nantes. La delación suponía generalmente, como sabeis, la guillotina para los denunciados y una buena recompensa para el delator. Todo pasó aquella vez como de ordinario; pero el precio de la ingratitud y de la traición se dispó muy pronto en manos de Dragut; y este hubo de irse á Nantes, donde llegó á ser el hombre de confianza del negro Goulin (1), el terrible secretario del Comité. Lo que equivale á decir que fué el vil instrumento de todas las infamias y todos los horrores cometidos por aquel malvado, durante mucho tiempo.

Algunas veces le oí yo más tarde vanagloriarse delante de dos ó tres camaradas, tan miserables como él, los únicos que no lo despreciaban en el regimiento, de los medios empleados para renovar el personal de la *pension* de Bouffay (2). Refería cosas espantosas, en medio de carcajadas salvajes que hacían extenercer. Ah! si yo hubiese podido, pronto habría saldado, sin escúpulo y de una

(1) Goulin fué el digno predecesor de Carrier en Nantes. Había sido negrero, y como muchos de los hombres de la revolución francesa, manchó su nombre con todo género de infamias y crueldades.

(2) Prisión de Nantes á que los carceleros daban el nombre de *pension*.

vez, la cuenta de sus expediciones nocturnas y de sus *baños en el río*. (1)

Con estos méritos nos vino al regimiento.

Algun tiempo después, una mañana muy temprano, cuando volví de relevar los centinelas, ví salir en dirección á la puerta que dá frente al río,—nos hallábamos entonces en Landrecies,—al capitán Rochart, al teniente Sernin, al preboste Fichter; y luego á Dragut con dos más, el sargento Mayer y un individuo alto, flaco, huesoso con un gran sombrero de fieltro con escarapela, largas melenas, una corbata en que metía toda la barba, casaca de color de pasa y unas botas enormes; en el que reconocí á seguida, á uno de los representantes de la Convención que formaban parte del cuartel general.

Pronto corrió la noticia de que el teniente Sernin iba á batirse con Dragut, á quien había dado la víspera un buen bofetón, en presencia de varios oficiales, á cambio de una palabra insolente que éste se había atrevido á dirigirle.

H. GRIM.

(Se continuará.)

(1) Enviar á uno á tomar baños en el río equivalía, en el lenguaje de las prisiones, á condenarle á morir ahogado en el Loira.

